

Francamente confieso que las palabras del médico me estremecieron. La intensa emoción de su voz era prueba de que él mismo se conmovía profundamente al contárnoslo.

Tan impresionado quedó también Holmes que tuvo que inclinarse hacia adelante, mientras en sus ojos brillaba aquel rayo de inteligencia suprema que había yo visto siempre que alguna cosa excitaba su más viva atención.

—¿Está usted seguro de lo de las huellas?—preguntó al médico.

—Tan seguro como estoy de que ahora es de día.

—¿Y no se lo dijo usted á nadie?

—¿De qué me hubiera servido que lo dijese?

—¿Y cómo fué usted el único que las vió?

—Las huellas distaban del cadáver unos veinte metros, y no es de extrañar que nadie se fijase. Tal vez hubieran pasado inadvertidas también para mí á no haber estado al corriente de la leyenda.

—¿Hay muchos perros de ganaderos en el páramo?

—Indudablemente; pero no eran huellas de ningún perro de ganadero.

—¿Dice usted que eran grandes?

—Enormes.

—¿Y no estaban al lado del cadáver?

—No.

—¿Cómo estaba la noche?

—Húmeda y fría.

—¿Llovía?

—No.

—¿Cómo es la avenida?

—Forma un paseo que se extiende entre dos hileras de zarzas de tejo de doce pies de alto, lo cual la hace impenetrable. El paseo tendrá unos ocho pies de ancho.

—¿Media alguna cosa entre las zarzas y el paseo?

—Sí, hay una faja tapizada de hierba de seis pies de ancho en cada lado.

—Y en un extremo hay una puerta abierta en las zarzas, ¿no es eso?

—Sí, un portillo que da al páramo.

—¿Hay algún hueco más?

—Ninguno.

—De modo que para llegar á la avenida hay que entrar por el portillo del páramo ó bien bajar desde la casa.

—También hay salida por la glorieta situada en el último extremo.

—¿Había llegado sir Charles hasta la glorieta?

—No. El cadáver fué hallado á cincuenta metros de ella.

—Bueno. Ahora dígame usted, y esto es suma-

mente importante, ¿las huellas estaban en el mismo sendero ó en la hierba?

—En la hierba no se hubieran notado. Estaban en el mismo sendero.

—¿En el lado del portillo?

—Sí, á orillas del sendero, en el mismo lado del portillo.

—Todo esto es muy interesante. ¿Estaba cerrado el portillo?

—Cerrado con candado.

—¿Qué altura tiene?

—Cuatro pies aproximadamente.

—En ese caso podrá franquearlo cualquiera.

—Sería muy fácil.

—¿Y qué huellas había junto al portillo?

—Ninguna.

—¿No lo examinó nadie?

—Sí, yo mismo.

—¿Y nada vió usted allí?

—Todo era confusión. Lo único que pude deducir fué que sir Charles debió de estar allí parado de cinco á diez minutos.

—¿Y por qué cree usted eso?

—Porque la ceniza de su cigarro había caído dos veces.

—¡Excelente!—exclamó Holmes.—Aquí tiene usted un colega admirable, Watson. ¿Pero y las huellas?

—Allí sólo había huellas de sir Charles. Al menos, ninguna más pude distinguir.

Sherlock Holmes se golpeó la rodilla, haciendo un gesto de impaciencia.

—¡Si yo hubiera estado allí!—dijo.—Es indudablemente un caso de extraordinario interés y que ofrece grandes motivos de estudio. Aquella página arenisca, en la cual hubiera yo leído tanto, habrá sido borrada por la lluvia y las pisadas de los curiosos. ¡Ah, doctor, qué lástima que no haya usted venido antes!

—No pude hacerlo porque temía que el público se enterase de estas cosas. Ya he explicado las razones que me impidieron acudir á usted. Además... ¡qué diantre!...

—¿Qué iba usted á decir?

—Que, después de todo, hay cierto reino á donde no alcanza el agente más astuto y más listo del mundo.

—¿Quiere usted decir que el caso es sobrenatural?

—No lo he asegurado.

—Pero sus palabras lo indican.

—¡Qué quiere usted! Desde el día de la horrible tragedia han llegado á mis oídos noticias y rumores de incidentes que cuesta mucho compaginar con la marcha regular de la Naturaleza.

—¿Cuáles son?

—He sabido que, antes de ocurrir el funesto acontecimiento, varias personas habían visto en el páramo un animal cuya apariencia coincide con la del famoso perro. Debe ser un animal completamente desconocido para la ciencia. Todos conviene

que es enorme, espantoso. Uno por uno he interrogado á tres de los que le vieron. El primero es un labrador muy testarudo, el segundo un bracero y el tercero un campesino de las cercanías del páramo. Todos están conformes en el relato de la terrible aparición del animal que, como he dicho, coincide con el espíritu maligno de que la leyenda hace mención. Le digo á usted que en todo el distrito hay un pánico indescriptible y que ha de ser hombre audaz el que se atreva á atravesar el páramo de noche.

—¿Pero es posible que usted crea en lo sobrenatural?

—No sé lo que debo creer.

Holmes se encogió de hombros.

—Hasta ahora—dijo friamente—he limitado mis investigaciones á las cosas de este mundo. De una manera modestísima he luchado contra el mal, pero creo que sería demasiado ambicionar si intentara hacer la guerra al padre de todos los males. Sin embargo, no dejará usted de reconocer que las huellas fueron harto materiales.

—El perro de los Baskervilles fué bastante material para arrancar la garganta á un hombre, aunque no por eso dejó de ser diabólico.

—Veo que se ha pasado usted al campo de los espiritistas, doctor. Pero vamos á ver, si así opina, ¿por qué viene á consultarme? Me dice que es de todo punto inútil tratar de averiguar las causas de la muerte de sir Charles y al mismo tiempo está usted deseando que lo haga.

—No he dicho que lo desee.

—Entonces, ¿en qué puedo servirle?

—Aconsejándome qué he de hacer con sir Henry Baskerville, que llega á la estación de Waterlío (el doctor echó una mirada al reloj) dentro de hora y media.

—¿Sir Henry es el heredero?

—Sí. Después de la muerte de sir Charles procuramos averiguar el paradero de este joven y supimos que estaba en el Canadá. A juzgar por los informes que hemos podido adquirir es digno de la fortuna que ha heredado. Hablo ahora, no como doctor, sino como testamentario de sir Charles.

—¿No existe ningún otro heredero?

—Ninguno; sir Charles fué el hermano mayor de los tres hijos que tuvieron sus padres. El segundo murió joven y fué padre de este muchacho, Henry. El último, llamado Rodger, fué el calavera de la familia. Tenía todo el carácter del antiguo Hugo el de la leyenda y dicen también que era su mismo retrato. Tuvo que salir de Inglaterra escapado y huyó á la América Central, donde murió de la fiebre amarilla en el año 1876. Henry es el último de los Baskervilles y he de esperarle en la estación de Waterlío dentro de una hora y cinco minutos. He recibido un despacho diciendo que llegó á Southampton esta mañana. Y ahora, Sr. Holmes, dígame usted qué debo de hacer con él.

—¿Por qué no ha de ir directamente á la casa de sus mayores?

—Eso parece lo más lógico y natural. Sin embargo, me asusta que vaya, porque á todos los Baskervilles que han ido les persiguió la desgracia. Seguro estoy de que sir Charles, si hubiera podido hablar conmigo antes de morir, me hubiera advertido que no llevara á este joven á un sitio tan fatal, aunque no se me oculta que de la presencia allí de sir Henry, último de la raza y heredero de una inmensa fortuna, depende la prosperidad de aquella comarca estéril y miserable. Todas las buenas obras puestas en planta por sir Charles caerán por tierra si queda el castillo sin habitantes. Temiendo, pues, que el interés propio influya demasiado en mi ánimo, vine á consultar á usted y á pedirle su parecer.

Holmes estuvo meditando durante un buen rato.

—Hablando francamente—dijo—la cuestión es ésta: usted cree que en el páramo existe un ser diabólico é infernal que hace que Dartmoor no sea hogar seguro para un Baskerville, ¿no es esto?

—Por lo menos puedo decir que hay algún fundamento para creerlo así.

—Pues bien, si esa teoría fuese cierta en cuanto á lo sobrenatural, yo opino que el mismo mal podría causarse á sir Henry en Londres que en Devonshire. Es inconcebible que un ser diabólico no ejerza poder alguno fuera de ciertos límites.

—No miraría usted las cosas con tanta ligereza si hubiera presenciado los rastros de la horrible tragedia. De modo que, á juicio de usted, el joven Henry estará tan seguro en Devonshire como en Lon-

dres. Dentro de cincuenta minutos estará en la estación. ¿Qué opina usted que debo hacer?

—Creo, doctor, que debe usted tomar un coche, llevarse á su perro, que está arañando la pintura de la puerta y marchar inmediatamente á la estación de Waterlloo en busca de sir Henry Baskerville.

—¿Y después?

—Después no le hable usted del asunto hasta que yo lo haya pensado bien.

—¿Cuánto tiempo necesita usted para eso?

—Veinticuatro horas. Agradecería á usted que mañana á las diez pasara por aquí. Y para poder trazar mis planes con más acierto, sería conveniente que viniera también sir Henry Baskerville.

—Vendrá.

Sacó un lápiz del bolsillo, apuntó en el puño de la camisa la hora señalada y se retiró. Holmes le detuvo al pie de la escalera.

—Aun necesito hacerle una pregunta—le dijo.—¿Afirma usted que antes de la muerte de sir Charles, algunas personas vieron en el páramo la aparición fantástica? ¿Qué personas fueron esas?

—Tres.

—¿Y se ha vuelto á verla después de la muerte?

—Que yo sepa, no.

—Gracias, me basta; buenos días.

Holmes volvió á ocupar su butaca sin poder ocultar la satisfacción que le causaba la presencia de aquel caso extraordinario.

—¿Va usted á salir, Watson?—dijo.

—Si no me necesita usted...

—No, amigo mío. Cuando llega el momento de poner mis planes en acción es cuando recurro á usted para que me ayude. Este es un caso magnífico. En cierto modo, único en su clase. Al pasar por Bradley haga el favor de encargarse que me envíen una libra del mejor tabaco. Si no lo toma á mal creo que sería lo más acertado que no volviese usted hasta la noche. Entonces cambiaremos impresiones acerca de este interesantísimo problema.

Yo sabía que la soledad y la reclusión le eran muy necesarias á mi amigo durante las horas de meditación profunda, en las que Holmes revolvía hasta el último átomo de evidencia, abstrayéndose en teorías alternas, pesando unas con otras y examinando cuáles eran los puntos esenciales y cuáles no. Por tanto, á fin de dejarle en la más completa libertad pasé el día en el club y no volví á Baker Street hasta la noche.

Eran próximamente las nueve cuando entraba en nuestra habitación. Mi primera impresión al abrir la puerta fué de asombro. Creí que se había declarado en casa un incendio, pues había tanto humo que apenas podía distinguirse la luz de la lámpara colocada sobre la mesa; pero mis temores se desvanecieron en seguida, porque conocí que aquel humo procedía del tabaco consumido por Holmes, el cual se hallaba arrellenado en la butaca, con la bata puesta y la pipa entre los labios. Sobre la rodilla tenía extendidos algunos rollos de papel.

—¿Se ha constipado usted, Watson?—preguntó al oírme toser.

—Lo que hay es que no se puede respirar aquí.

—Es verdad. Ahora que me llama usted la atención me doy cuenta de ello.

—Hay un humo imposible.

—Pues abra usted la ventana. Veo que ha pasado usted el día en el club.

—¿Pero cómo lo sabe?

—¿Tengo razón ó no la tengo?

—Sí, por cierto. Pero cómo diantre...

Fijándose en la mirada de asombro que se dibujó en mis ojos, Holmes lanzó una carcajada.

—Créame, Watson—dijo;—gozo mucho ejercitando en usted mis insignificantes fuerzas de penetración, sólo por ver su asombro. Un caballero sale á la calle un día de lluvia y de barro, y vuelve por la noche sin haber estropeado el lustre de sus botas ni el brillo de su sombrero; ¿qué cosa más natural sino deducir que ha pasado todo el día en un solo sitio? No es hombre que tiene amistades íntimas: ¿dónde, pues, ha podido estar? Me parece que esto es bien evidente.

—Sí, es verdad.

—El mundo, amigo Watson, está lleno de cosas evidentes en las cuales no se fija nadie, absolutamente nadie, ni por casualidad. ¿Dónde le parece á usted que he estado yo?

—Aquí.

—Pues no señor, he estado en Devonshire.

—¿Con el pensamiento?

—Justo. Mi cuerpo ha permanecido quieto en esta butaca, y con harto sentimiento veo que, durante su ausencia, he consumido dos grandes cafeteras de moka y una cantidad increíble de tabaco. Después que usted se fué mandé á casa de Stanford en busca del mapa militar de la provincia de Devonshire, y mi espíritu ha girado por el páramo durante todo el día. Se me figura que, si fuera allá, acertaría á ir de un sitio á otro sin perder el camino.

—¿Es un mapa muy grande?

—Muy grande, aquí está.

Holmes desenvolvió un trozo de mapa y lo extendió sobre la rodilla.

—He aquí el distrito que nos interesa. En el centro, el castillo de Baskerville.

—¿Rodeado de árboles?

—Eso es. Aunque no está señalada aquí, me parece que la avenida de tejos debe extenderse por esta línea. El páramo, ya lo ve usted, está á la derecha. Aquí se encuentra la aldea de Grimpen, donde reside nuestro amigo el doctor. Dentro de un radio de cinco millas no hay sino escasísimas viviendas. Este punto es Laster Hall, de que nos habló el doctor. Aquí hay una casa que debe ser la del naturalista: Stapleton se llama, si mal no recuerdo. En este lado hay dos granjas, High Tor y Foulmire. Después, á catorce millas, se halla el gran presidio de Princetown. En el centro, y extendiéndose por los alrededores, se extiende el páramo solitario.

Este es, pues, el punto donde ocurrió la tragedia y donde tal vez hagamos que se repita.

—Debe ser un sitio muy árido.

—Y muy á propósito para el crimen. Si el diablo quisiera poner la mano en los asuntos del hombre...

—Vamos, veo que también usted comienza á creer en lo sobrenatural.

—Bien podían ser de carne y hueso los agentes del diablo. En primer lugar, tenemos dos problemas que resolver. Primero, si en efecto se ha cometido ó no un crimen, y segundo, qué crimen fué y por qué se cometió. Si fuese cierta la suposición del doctor, tendríamos que habérnoslas con fuerzas ajenas á las leyes ordinarias de la Naturaleza y nuestros trabajos serian inútiles. Pero estamos obligados á agotar todos los medios antes de dar crédito á semejante idea. Le agradecería á usted, Watson, que cerrase la ventana. Es muy singular lo que me sucede, pero estoy convencido de que una atmósfera pesada me ayuda á concentrar las ideas. No he llegado todavía á encerrarme en una caja para pensar, pero esa sería la consecuencia lógica de mi convencimiento. ¿Ha pensado usted algo en el problema?

—Sí, le he dado vueltas durante el transcurso del día.

—¿Y qué le parece á usted?

—Que es complicadísimo.

—Sí, es muy especial. ¿Qué opina usted del cambio de forma de las pisadas de sir Charles?

—Mortimer dijo que sir Charles anduvo de puntillas en aquella parte de la avenida.

—Lo que hizo Mortimer fué repetir la manifestación de algún necio durante el reconocimiento. ¿Qué razones podía tener sir Charles para andar de puntillas por la avenida?

—¿Pues cómo lo explica usted?

—Era que corría, Watson, era que corría como un desesperado; corría, como podría correr cualquiera para salvar la vida. Corrió hasta que saltó su corazón, se agotaron sus fuerzas y cayó boca abajo muerto.

—¿Y de qué huía?

—Esa es la cuestión. Hay ciertos detalles indicadores de que sir Charles estaba loco de miedo antes de empezar á correr. Supongo que la causa de su terror fué algo que apareció en el páramo. Si así fuera, y parece lo más probable, sólo por haber perdido el juicio se concibe que corriera en dirección contraria á la casa, en vez de acercarse á ella. Si se ha de dar crédito á las palabras del gitano, hemos de convenir en que sir Charles corría pidiendo auxilio hacia el sitio de donde menos podía esperarse. Por otra parte, ¿á quién esperaba sir Charles aquella noche y por qué le esperaba en el portillo del páramo en vez de hacerlo en su casa?

—¿Cree usted que esperaba á alguien?

—Sir Charles era de edad avanzada y de quebrantada salud. Acaso diera una vuelta antes de acostarse, pero aquella noche el tiempo era crudo y

húmedo; por consiguiente, no me parece lógico que estuviera allí quieto durante cinco ó diez minutos. Así lo comprendió el doctor, con más acierto del que yo le creía capaz, en vista de la ceniza del cigarro.

—Pero salía todas las noches.

—Aunque así fuese, no creo que tuviera la costumbre de detenerse todas las noches en el portillo. Muy al contrario, sabemos que procuraba siempre alejarse del páramo. Aquella noche estuvo allí parado. Fué la víspera del día en que debía salir para Londres. La cosa va tomando forma, y ya llega á ser coherente. Pero vaya, haga usted el favor de darme un violín y olvidemos el asunto hasta la próxima entrevista con el doctor y sir Henry Basker-